

Tomado de: *Traducir a Gramsci*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007, 292 pp.

XII.-Epílogo: el inicio del inicio.

Hemos llegado al final de un largo recorrido. Pero para que un viaje sea realmente fructífero, toda meta alcanzada tiene que ser a su vez un punto de partida. Aprender las claves para la traducción del legado teórico de Antonio Gramsci es sólo el primer paso para comenzar otra empresa intelectual: la lectura de los *Cuadernos de la Cárcel*, su apropiación creadora, su interiorización conceptual.

Al igual que ocurre con la obra de Marx y de Lenin, no podemos considerar los textos de Gramsci como elaboraciones completamente terminadas, que simplemente deben “aplicarse” a alguna situación existente. Esos textos no son para ser leídos de acuerdo a algún método exegético o hermeneúutico que nos permitiría extraer de la superficie del texto un significado último, ya acabado y definitivo. Todo pensamiento es el resultado de la interacción entre el pensador y su mundo. Es el resultado del diálogo, consciente o no, de esa persona con su tiempo. Cuando ese pensamiento se objetiva en un texto, su carácter dialógico se redobra. Porque otra persona, colocada en otra época y en otra constelación de circunstancias sociales concretas, lo leerá. Y esa lectura constituye en sí misma un diálogo. Un diálogo con otro diálogo. Si el pensador originario ya ha muerto, se corre el riesgo de petrificar el texto, de convertirlo en algo rígido, con lo que el diálogo desaparece y únicamente queda el monólogo, en el que el lector, él sólo, es el que pone o quita. Es una relación unilateral, y desaparece la dialéctica de la lectura, el proceso de traducción. Es cierto que el lector transforma el texto muerto, y le otorga vida, convirtiéndose en autor. Pero el autor original, a su vez, coloca su impronta en su lector por encima de las distancias y el tiempo. Es una transformación mutua.

Han transcurrido casi ocho decenios desde que concluyera la redacción de los *Cuadernos de la Cárcel*. Ellos quedarán en la historia del pensamiento de la humanidad como un documento veraz en el concepto, auténtico en la forma, combativo en el contenido. Representan una confrontación constante con la época, con otros pensadores, con la vida. El propio Gramsci lo destacó en una carta: “*Toda mi formación intelectual ha sido de tipo polémico. El pensar desinteresadamente me es difícil, quiero decir el*

estudio por el estudio. Sólo a veces, pero muy raramente, me ha ocurrido meterme en un determinado tipo de reflexiones y encontrar, por así decirlo, en las cosas en sí el interés para dedicarse a su análisis. Ordinariamente me es necesario ponerme en un punto de vista dialógico o dialéctico, pues en otro caso no siento ningún estímulo intelectual. No me gusta tirar piedras al vacío, quiero sentir un interlocutor o un adversario concreto. Incluso en la relación familiar quiero dialogar”.¹

Los *Cuadernos* son un texto de combate, y han de ser utilizados para el combate. Que nuestras luchas no tengan que ser necesariamente las mismas que tuvo que encarar entonces su autor no disminuye para nada su importancia. En todo caso los enemigos son los mismos: la burguesía y sus intelectuales orgánicos, la burocracia oportunista enquistada en la revolución. La apropiación activa de esta obra será posible únicamente si mantenemos su carácter de pieza de enfrentamiento, de ruptura. Vale decir, de reinicio. No se trata de hacerle decir a Gramsci lo que nunca dijo. No se trata de adivinar que diría si estuviera en esta u otra situación. Se trata de mantenerse fiel a su intención desacralizadora y a su vocación ética. Si Gramsci representa una referencia ineludible, es porque su obra – asimilada críticamente – todavía nos ayuda a comprender y transformar nuestro presente.

Afirmar la actualidad de Gramsci sólo es posible si relacionamos el legado de su pensamiento y su vida con dos circunstancias presentes en nuestra época. Por un lado, el final de todo un ciclo histórico de lucha por el socialismo, que se saldó con un derrota, sí, pero también con un gran cúmulo de experiencias históricas que reflejan el agotamiento y la caducidad tanto de los modelos socialdemócratas como de los estadolátricos que se intentaron en varios países a lo largo del siglo XX. Por el otro, la emergencia de nuevas realidades, de nuevos actores sociales, de nuevas tecnologías y nuevos campos de existencia y lucha, y de un desastre ecológico en ciernes que nos marca un plazo fijo antes de que comience la cuenta regresiva de una situación irreversible. Ante todo esto, sólo quedan dos posiciones. Una es la del pesimismo. La otra sería la plantearse el “inicio del inicio”, como lo hiciera Gramsci en un artículo publicado en 1923.² Luchar por el inicio de un nuevo inicio.

¹ Antonio Gramsci. *Cartas desde la cárcel. 1926-1937*. Ediciones Era, México, 2003.

² Antonio Gramsci. “¿Qué hacer?”, en: A. Gramsci. *Escritos políticos (1917-1933)*. Cuadernos Pasado y Presente, México, pp. 288-303.